tan á Lóndres, á Liverpool y á Manchester, y las casas de prostitucion de Edimburgo. Y si dejamos á un lado el corto número de innobles chiribitiles que antes hemos descrito, la mayoría de tales casas pueden ponerse en parangon con los establecimientos mas ricos y mejor montados de la metrópoli.

No todas, sin embargo, tienen la misma organizacion.

Las unas, son solo casas de citas («houses of assignation») á las que las prostitutas conducen ó van á esperar á sus clientes, como se ha visto; otras, y estas son las mas numerosas, son casas de prostitucion propiamente dichas, donde viven habitualmente, en general, tres ó cuatro «pensionistas»; otras, reuniendo este doble carácter, encierran dos establecimientos dintintos en un mismo local; y otras, en fin son casas de libertinaje, disimuladas bajo forma de tabernas, de «restaurants», de figones, de «casas amuebladas». Empero estas últimas están colocadas, relativamente á las demás, en condiciones inferiores; y en esta categoría es donde se hallan los establecimientos mas vulgares.

Las casas de prostitucion de Edimburgo se encuentran en todo lsos barrios indistintamente; en las calles mas elegantes y de mas distinguida vecindad, y hasta tambien, como en Lóndres y en las demás capitales del Reino Unido, á la contigüidad de las iglesias. Nadie, dice Tait, al buscar casa para sí y su familia, nadie puede estar seguro de que no tendrá al lado un establecimiento de crápula. Este es otro de los efectos de la carencia de todo registro oficial sobre la prostitucion, y tambien es efecto de la avidez ó de la poca delicadeza de los propietarios que aceptan, por inquilinas, á «amas» de casa y á prostitutas, por que pagan mas caro que los demás, y pagan anticipado.

Las casas de prostitucion de Edimburgo son regentadas, en la mayoría de casos, por antiguas prostitutas, quienes las han creado, á menudo, con fondos suministrádosles por hombres pertenecientes á las clases ricas de la sociedad, y á veces tambien con sus propios recursos, cuando han sabido tener suficiente órden y tacto para hacer economías.

Esta regla, sin embargo, sufre numerosas escepciones.

Entre las mugeres que se hallan al frente de tales casas, hay algunas que ocuparon una posicion respetable. Hed aquí lo que el doctor Tait refiere sobre el particular:

»Una de dichas mugeres es la viuda de un secretario del «Sceau» (Sello) y, en esta cualidad, cobra una pension anual. Otras tres son mujeres ó viudas de hombres, que ejercieron honrosa profesion. Una casa ha sido regentada, durante cierto tiempo, por un «ministro» protestante y su mujer. Dos casas son dirigidas por mujeres, cuyos maridos están ó han estado empleados en Contribuciones indirectas. Otra, la gobierna la mujer de un sargento de policía.»

Hay un género de especulacion muy generalizado en Edimburgo y consiste en alquilar, por una corta cantidad una casa de poco valor y despues de haberla amueblado convenientemente, sub-arrendarla, por semanas, á mujeres públicas con fianza. Varias prostitutas, que han conseguido economizar algun dinero, lo emplean de esta suerte, proporcionándose así una renta considerable, que las hace independientes. Empero, la importancia de los beneficios que fluyen de este impuro manantial seduce tambien á personas de buena posicion. Hay en Edimburgo señoras pertenecientes á familias respetables, propietarias de casas de escasa renta, que han ornado sus fincas con muebles y las hacen administrar por ciertas mujeres, á las que dan un salario fijo.

Los ministros de la Iglesia de Escocia toman parte en tan vergonzoso tráfico.

Uno de ellos, á quien los habitantes vecinos á su casa así ocupada dirijieron una reclamacion, les contestó sin ambages ni rodeos que: poco le importaba qué clase de gente habitaba su inmueble, con tal de recibir exactamente su renta.

«Si los preceptos del Evangelio, exclama en esta ocasion el doctor Tait, son hollados, hasta este punto, por los hombres que han jurado difundirlos ¿qué influjo saludable puede esperarse que ejerzan sobre aquellos á quienes los han inculcado?»

Estos establecimientos, una vez bien conocidos y bien aparro-

quianados, son susceptibles de venderse tan ventajosamente, como otro cualquier fondo de comercio, y á veces á precios elevadísimos. En ocasiones, transmítense por vía de herencia, de madre á hija, de tia á sobrina. Por lo demás, no es raro ver en Edimburgo regentada una casa de prostitucion por una madre, con sus propias hijas, y ser el «ama» y las hijas, con exclusion de toda mujer estraña, las prostitutas del establecimiento.

Inteligentes y activas las «amas» de casa, en Edimburgo, han hallado, en el espíritu de asociacion, una fuerza y unos recursos considerables. Unidas por convenios recíprocos, rechazan despiadadamente á la prostituta que se porte mal con una de ellas, y la desdichada se encuentra arrojada á la calle, donde no tarda en morir de miseria.

Si un «ama» de casa, por su conducta, viene á ser motivo de inquietud para las otras ó perjudica á sus intereses, alíanse todas para hacer decaer su establecimiento.

Relaciones análogas existen entre ellas y las «amas» de casas de Glascow y de las otras grandes ciudades de Escocia.

Estas relaciones mantiénense sobre el pié mas cordial, por un cambio contínuo de oficiosas atenciones, consistentes: ora en envíos de muchachas á las que, momentáneamente, no pueden dar abasto á un aumento imprevisto de clientela; ora en esquelas de direccion, entregadas á los viajeros, con calurosas recomendaciones. En una palabra; no estaria mejor organizada la industria mas honesta y mas útil.

En París, las «amas» de casa y las prostitutas tienen conciencia de la posicion degradada que ocupan en la sociedad, y generalmente se mantienen en la sombra. No sucede así en Edimburgo, donde nada iguala al orgullo de las «damas» que se ven al frente de los establecimientos frecuentados por la aristocracia masculina. A todos cuantos las rodean ó las sirven, á sus proveedores y a sus pensionistas les exijen las atenciones y la deferencia que por lo general se usan con las señoras del mas elevado rango. Propónense como modelo á las jóvenes que viven en sus establecimientos y las presentan, como el blanco el que no deben cesar de apuntar, la envidiable posicion que han adquirido, dicen, «por su trabajo y buena conducta.» Nada es demasiado bello para su «toilette.» En los paseos públicos sus carruajes, conducidos por cocheros de elegante librea, van á mezclarse con los trenes de la egregia aristocracia. Hasta hay algunas que escojen con desdeñosa atencion su clientela, y con las que, una entrevista á solas es un elevado favor, al que únicamente pueden aspirar los personajes mas distinguidos por su cuna ó sus riquezas.

Tan estraños sentimientos de amor propio, que no podrian llegar á tal estremo si no estuviesen hasta cierto punto en armonía con la manera general de sentir de la poblacion de Edimburgo, y que dan una tal débil idea de la moralidad pública de dicha capital, están mantenidos y fortificados por la increible desmoralizacion de los hombres de las clases ricas. Estos hombres sin pudor, no contentos con pasear públicamente á sus elegantes «mediadoras» en sus propios trenes, ni con llevarlas descaradamente á los teatros y demás reuniones públicas, estos hombres se rebajan mas todavía, procurando lisongearlas y excitar su celo, por verdaderos actos de deferencia. Así pues, en cierta ocasion, los ricos parroquianos de una de tales casas se cotizaron para ofrecer al «ama» un magnífico presente en joyas de gran valor, en testimonio de reconocimiento, por la manera distinguidísima con que regentaba su establecimiento y por la activa solicitud que desplegaba para mantenerlo siempre digno de su aprobacion y de su patronazgo. Este hecho tiene algo de desconsolador. Grave, muy grave es, en efecto, ver á los hombres de las primeras familias de Escocia entregarse al desenfreno sin celarse unos de otros, y asociarse, sin velos para el libertinaje, como se asociarian para alguna grande y noble empresa.

No debe admirarnos pues el que unas mujeres que han conseguido no tener relaciones sino con hombres de la mejor sociedad, cuyas maneras se esfuerzan en imitar, lleguen á ser confundidas á veces con las señoras mas decentes.

Entre los «quid-pro-quo» de esta índole, que no son raros en Edimburgo, el doctor Tait menciona el siguiente:

«Un «ama» de casa de Edimburgo, que habia partido con dos de sus pensionistas para ir á hacer una visita en el norte de Escocia, hubo de detenerse en el camino, no léjos de un presbiterio, por un accidente sobrevenido á su silla de posta. El reverendo cura, cuyo celo nada, en esta circunstancia, venia á ilustrar, dióse prisa á socorrer á las tres damas, cuyo traje y modales eran á propósito para excitar su interés, y las invitó á aceptar la hospitalidad en su casa, durante el tiempo necesario para la recomposicion del vehículo. Esta reparacion no podia quedar lista hasta la mañana siguiente. En consecuencia, dispúsose todo en el presbisterio para que las tres viajeras pudiesen pasar convenientemente la noche. Por la tarde, la «señora» de mas edad presentó á las dos que la acompañaban, como sobrinas suyas. Iba, decia ella, á Aberdeenshire, á visitar una propiedad que pensaba comprar. El reverendo redobló entonces sus cuidados y atenciones para con sus huéspedas, excusándose de no poder tratar tan bien como desearia, á damas de su rango, y repitiendo que se consideraba honrado en extremo con haberlas recibido en su casa.

»Cuando, á la mañana siguiente, llegó la silla de posta, los habitantes del prebisterio manifestaron su sentimiento por tan pronta partida y significaron la esperanza de que las «damas» les honrarian pronto con una segunda visita. La viajera, por su parte, no quedó en zaga, y, entregando su tarjeta y direccion al pastor, le suplicó que fuese á verla en su próximo viaje á Edimburgo, porque tenia empeño, decia ella, en pagarle su benévola hospitalidad.

»En efecto, pocos meses despues, en la época de la asamblea general de la Iglesia de Escocia, el reverendo cura, llamado á Edimburgo, como sus demás cólegas, presentóse en casa de la señora á quien socorriera y de quien guardaba grato recuerdo. Introdujéronlo en una vasta habitacion, ricamente amueblada, donde esperó durante unos diez minutos á la dueña de la casa. Esta, de momento, no le reconoció; empero tan luego como el visitante se hubo nombrado, saludó su bienvenida con un cordial

apreton de manos, y despues de haber mandado que le sirvieran pasteles y vino, le invitó eficazmente á que volviese á la hora de comer, y á que dispusiese sus asuntos para poder permanecer en su casa, ofreciéndole en ella albergue, durante toda su permanencia en la capital.

»El reverendo pastor no tenia motivo alguno para negarse á una hospitalidad tan graciosamente ofrecida, y aceptó.

»A las cinco de la tarde, fiel á la cita, llamaba á la puerta de su respetable amiga.

»Todo cuanto vió en la casa le convenció mas y mas del elevado rango que aquella señora ocupaba en el mundo. Sirvióse la comida, con el mayor gusto y hasta con lujo. Cinco jóvenes encantadoras, que vinieron á ocupar sitio en la mesa, no fueron el manjar menos grato del banquete. Despues de comer, retiráronse las jóvenes, y no se volvió á tratar de ellas en el resto de la velada. El reverendo quedó solo con el ama de la casa, cuya conversacion espiritual, afable y no afectada saboreó sin escrúpulos.

»Al siguiente dia, despues del almuerzo, propuso la señora á su huesped salir á paseo; el reverendo la ofreció su brazo y salieron á la calle, seguidos por dos de las señoritas que habian comido con ellos la víspera. Al pasar por «Princes street» con sus compañeras, encontróse el reverendo con tres amigos suyos, uno de los cuales le hacia señas que parecian ser urgentísimas. Pidió, pues, permiso á las señoras para dejarlas solas un momento. ¿Con quién vais? le pregunta el amigo. A tal interpretacion, contesta el bueno del cura refiriendo como el azar le habia hecho trabar conocimiento con tan excelente dama, á la que habia dado y de la que recibia amistosa hospitalidad; añadió quienes eran aquellas señoras y la distincion de sus maneras, y el lujo de su morada... Fácilmente se concibe la estupefaccion del respetable ministro, cuando supo por su amigo que la dama que en tanto aprecio tenia y cuya amistad deseaba con tanto ahinco cultivar, era nada menos que Mrs**, una de las mas célebres «amas» de casa de Edimburgo!»

Así, tales eran el órden y la tranquilidad que reinaban en aquella casa, tales el lenguaje, las maneras y el vestir del «ama» como tambien de las pensionistas, que nada habia podido revelar al reverendo que se encontraba en un lugar de prostitucion. Y es no menos de notar que ninguna tentativa de seduccion se intentára contra su virtud.

En Edimburgo, como en todas partes, las mujeres que explotan las casas de prostitucion tienen maridos, amantes ó «sostenedores.» Empero, en nada semejan estos amantes y sostenedores á los amantes y á los sostenedores de las mujeres públicas de Lóndres. Estos individuos jamás aparecen. Los unos: «spoonymen» son ricos libertinos, que proporcionan los fondos necesarios al establecimiento; los otros, «fancymen» son objeto de la ternura de las «amas» de casa y viven, generalmente, á sus costas.

Hay que añadir que, en Edimburgo, muchas «amas» de casa mantienen á hombres de buena familia, cuyos recursos han sido agotados en la disipacion. Es una deuda de reconocimiento y de humanidad que esas mujeres cancelan con antiguos amigos arruinados por ellas, ó que por lo menos, en sus tiempos de prosperidad, contribuyeron con sus larguezas, al éxito de los establecimiento que han sido para ellas manantial de fortuna.

Art. 5.—*Como acaban las prostitutas de Edimburgo.—Casas de arrepentidas en Escocia.*

La prostitucion de Edimburgo se parece tan poco á la de Lóndres, que natural fuera pensar que, en la primera capital, la existencia de las mugeres públicas, menos agitada y menos dolorosa, se termina menos á menudo de una manera rápida y trágica, y que un gran número de descarriadas debe volver á entrar, mas ó menos pronto, en las sendas del trabajo y de la honestidad.

Efectivamente, en una prostitucion que permanece extraña al crímen, necesariamente ha mas lugar á la rehabilitacion. La prostituta que no se há declarado en guerra abierta con la humanidad, y que no ha caido al nivel de los brutos, puede aspirar, con mas justo título en el momento de arrepentirse, á entrar de nuevo en el seno de la sociedad.

Sin embargo, mucho falta para que tan consoladora teoría sea completamente aplicable á las mugeres públicas de la capital de Escocia.

No es, en verdad, raro el ver á alguna de estas desventuradas salir del fango, para dedicarse á un trabajo honrado, y hasta ocurrir que unas cuantas se casen luego convenientemente y vivan como buenas madres de familia.

Empero, estos casos afortunados constituyen la escepcion; la regla es que, en Edimburgo mismo, la carrera de las prostitutas sea penosa y corta.

Las principales causas de destruccion á que sucumben son:

El abuso de los licores fuertes,

La miseria,

Las enfermedades,

El suicidio!

«El «abuso de los licores fuertes» debe ocupar la primera línea, por cuanto es, para casi todas las prostitutas de Edimburgo, una causa cierta de envilecimiento y de ruina. Pocas hay, entre ellas, que no contraigan, tarde ó temprano, la aficion á las bebidas alcohólicas. Poco á poco, esta aficion se trueca en pasion irresistible, y bajo su funesta influencia, las mas bellas jóvenes se deterioran y marchitan con espantosa rapidez. Así pues, es rarísimo que las prostitutas de los rangos mas elevados se mantengan mucho tiempo en la posicion que ocupaban al debutar en la carrera. Mientras tienen la energía de resistir á la inclinacion que ha de matarlas, viven en la abundancia, sus «toilettes» son brillantes, los personajes mas elegantes las solicitan. Empero, cuando esta inclinacion las domina, cambia su clientela, disminuyen sus recursos y se las vé cada dia ir bajando de escalon en escalon.

Las «amas» de casa hacen generalmente, cuanto pueden para retardar esta degradacion. En el establecimiento, ponen á racion á sus pensionistas. Cuando estas salen, las hacen acompañar. Empero, estas tentativas raras veces las corona el éxito; las prostitutas abandonan las casas donde se las sujeta á racion ó se las

vigila; sónles menester bebidas alcohólicas á cualquier precio. Esta pasion, además, es inherente en parte al clima de Escocia y á las costumbres generales de la nacion.

Así llega la «miseria», á diezmar á estas desventuradas. Viejas antes de tiempo, muchas de ellas, implacablemente rechazadas, como séres inútiles, de las casas de prostitucion y hasta de los tugurios de ínfima categoría, pasan los dias solicitando la caridad de los transeuntes, divagan sin asilo por las noches y acaban por desaparecer completamente de la escena.

Las «enfermedades», como podia preverse, desempeñan importante papel en este drama de corta duracion. La «tisis» hace morir á un sinnúmero de prostitutas en Edimburgo. Las «afecciones venéreas» son tambien una de sus principales torturas.

De las investigaciones del doctor Tait resulta que casi todas se encuentran atacadas de venéreo, desde los primeros meses de su prostitucion y que hay muy pocas como salgan incólumes en el primer año. Nada tan comun, por otra parte, que las recaidas de estas afecciones en épocas cercanas á los ataques precedentes, lo cual dá á pensar que las enfermedades venéreas causan terribles estragos en la capital de Escocia.

Hablando de la salud de las prostitutas en Edimburgo, hace el doctor Tait curiosísimas observaciones; no es raro encontrar, dice, aun entre las mugeres públicas de baja estofa, á algunas que, hacia sus veinte años, se vuelvan frescas, gruesas y bellas. Gran número de «amas» de casa y de prostitutas de las clases elevadas están dotadas de una gordura y de un frescor notables; empero, añade, tales casos, aunque numerosos, no pasan de constituir la escepcion, por cuanto es un hecho probado que la gran mayoría de las prostitutas empieza á desclinar poco tiempo despues de haber entrado en la carrera. Su degradacion física es mas ó menos rápida, segun el rango social de sus clientes y así debia ser, puesto que esta degradacion es el efecto de la embriaguez habitual. Entre las muchachas que entran en la prostitucion antes de la pubertad, el mayor número de ellas se destruye

con suma rapidez; empero las que no sucumben de buenas á primeras y salen triunfantes, resisten luego mucho mas largo tiempo que las otras. Las muchachas que se gastan mas pronto son las que empiezan el oficio despues de cumplidos los veinte años.

Una degradacion gradual y mas ó menos rápida; tal es pues tambien la ley de la prostitucion en Edimburgo; empero, en la capital de Escocia, esta ley es una causa frecuente de suicidio. En efecto, por rápida que sea esta degradacion, no siempre tiene lugar sin lucha; muchas de esas infelices dan prueba de singular energía; alentadas por una ambicion y un valor dignos de mas noble objeto, no solo no quieren decaer, sino que, si desde el principio no ocupaban el primer rango, aspiran vehemente á conquistarlo. Su orgullo se rebela á la idea de descender á una categoría inferior.

Algunas veces, cuando comprenden que su degradacion es inevitable, para substraerse á ella tienden la mano á la sociedad y hacen inauditos esfuerzos por que les sea dado entrar de nuevo en la senda del honor. Otras, cambian sucesivamente de ciudad, esperando parecer, durante mas largo tiempo, «nuevas».

¡Quién sabe si, en esta prolongacion desesperada de una existencia que se estingue, encontraran á un hombre que se interese por ellas y las suministre los fondos necesarios para fundar una casa de prostitucion! Porque esta es la sin par ambicion de las mujeres públicas de Edimburgo y á ello tienden los esfuerzos todos de las que se hallan dotadas de inteligencia y de carácter.

Cuando todas sus tentativas han salido fallidas, cuando ven que no les queda mas perspectiva que la de una existencia envilecida, que, tarde ó temprano, debe conducirlas á los rangos de las prostitutas de ínfima ralea, entonces se suicidan. Afirma el doctor Tait que, cada año, el cuarto y hasta el tercio de las mugeres públicas de Edimburgo se entregan á tentativas de suicidio y que la duodécima parte de ellas consigue su intento fatal.

En resúmen, la vida media de las prostitutas en Edimburgo

es de cortísima duracion, por cuanto cada año mueren una séptima y aun una sexta parte de ellas. Pocas, poquísimas pasan de la edad de veinte y cinco años.

Hay en Edimburgo una casa de arrepentidas: «Magdalen Asylum», fundada en 1797, la cual, desde dicha época hasta el año 1837, es decir: durante un período de 40 años, solo ha acogido á 814 arrepentidas ó sea unas 20 por año unicamente.

Glascow posee un establecimiento análogo, y, en la época de la publicacion del libro del doctor Tait, las señoras de Aberdeen acababan de adquirir un inmueble, que destinaban á este empleo.

Por lo demás, los establecimientos de utilidad pública en Edimburgo, son poco florecientes, mientras que, en la misma villa, la prostitucion absorve anualmente la enorme suma de cinco millones de francos proximamente!

Art. 6.—*Causas de la prostitucion en Edimburgo.*

Poco hay que decir en especial sobre las causas de la prostitucion en Edimburgo, pues son las mismas, en general, que en todas las otras grandes capitales. Sin embargo, hay un corto número de hechos peculiares á esta villa que importa señalar; sin ello faltarian al cuadro algunos toques.

Allí, como en Lóndres, debe ocupar la primera línea la insuficiencia del salario de la muger. Empero hay que añadir á ello una avidez escesiva de las muchachas del pueblo por los goces del lujo, y una ambicion desmedida que las arrastra á querer participar de la existencia brillante y confortativa de las clases ricas. Las tristes esperan conseguir encumbrarse, por la senda de la prostitucion como esas «amas» de casa, cuyos trenes rivalizan en elegancia, en los paseos públicos, con los de la aristocracia; y aliéntanlas en sus esperanzas los hombres que las hacen servir á sus placeres: ¡Miseria y corrupcion!

Entre las causas de la prostitucion en Edimburgo, el doctor Tait insiste sobre el abuso de las bebidas alcohólicas. Este abuso es general en toda Escocia. En el pueblo, obra de dos maneras;

ora es un medio de abatir la resistencia de las doncellas que han conservado su virtud; ora, desarrollándose y tomando las proporciones de una verdadera pasion, induce á estas á prostituirse para procurarse los medios de satisfacer una inclinacion hecha irresistible. En las clases ricas acarrea, por su esceso, el embrutecimiento y la pérdida del sentido moral. De esta suerte, muchísimas mugeres pertenecientes á familias honorables hánse degradado hasta el estremo de convertirse en públicas.

El influjo de la familia parece ser, en Edimburgo, una causa poderosa de prostitucion.

Hemos visto ya que existen casas de libertinaje, especuladas por madres, con sus propias hijas.

El doctor Tait ha recogido, sobre el particular, datos interesantes, con los que ha formado los cuadros siguientes:

El primero dá el número de las madres que, segun las investigaciones de este médico, viven de la prostitucion de sus hijas:

2	madres con	4	hijas cada una		8	hijas.
5	id	3	id	id	15	»
10	id	2	id	id	20	»
24	id	1	id	id	24	»
41	madres				67	hijas

Este cuadro, como observa el doctor Tait, es de índole para dar una idea deplorable de la moralidad de ciertas clases de la poblacion de Edimburgo. Desgraciadamente, esta inmoralidad no se limita á los rangos mas ínfimos. Seres degradados de esta naturaleza hay, nacidos en condiciones respetables, y que han recibido escelente educacion.

El segundo cuadro hace conocer el número de las hermanas que ejercen en comun la vida de prostitutas.

En el espacio de un año ha podido observar el doctor Tait:

1 vez	6 hermanas
1 »	5 »
3 »	4 »

10	»	3	»
18	»	2	»

Los influjos perniciosos de la familia, como causa de prostitucion, no solo obran sobre la poblacion urbana; observáselos tambien en las familias rurales. Muchas de las jóvenes comprendidas en el cuadro anterior procedian del campo.

Se ha visto, dice el doctor Tait, llegar á Edimburgo familias enteras para dedicarse á la prostitucion.

Art. 7.—*Relaciones de la prostitucion con el robo, en Edimburgo.*

La prostitucion, en Edimburgo, pocas ó ningunas relaciones tiene, propiamente hablando, con el crimen. Si bien las prostitutas de ínfimo rango son todas ellas ladronas, no pasan, en cambio, de constituir una minoria poco considerable, que es para las restantes objeto de desprecio y repugnancia.

Estas innobles criaturas se reunen ordinariamente en grupos, á la entrada de sus madrigueras, desde donde acechan á los transeuntes. Cuando un hombre, que no las conoce, comete la imprudencia de contestar á sus interpelaciones y de trabar con ellas conversacion, rodéanle y le invitan á beber, en la vecina taberna, una copa de whisky, que á menudo ofrecen pagar ellas mismas. Puestos ya en marcha, le estrujan, le hostigan, registran sus bolsillos con habilidosa maña y finalmente le abandonan, despues de haberle robado cuanto llevaba encima. Sus mejores proezas las llevan á cabo contra los hombres que pasan, á su alcance, en un estado mas ó menos adelantado de embriaguez. Si alguno de estos desdichados se deja llevar al interior del tabuco, á los dos minutos queda completamente desbalijado.

Entre esas prostitutas de baja ralea ó ladronas, hay algunas que han sido educadas en tal condicion desde su mas tierna edad y que, jóvenes todavía, se hallan dotadas de belleza y de frescor. Las tales constituyen una categoría por demás peligrosa. Con la cabeza descubierta y ordenados artistícamente sus abundosos cabellos, pasean las calles á caza de incautos. Su juventud y su

lindo palmito alejan toda sospecha y desconfianza. ¡Cuantos adolecentes no se dejan prender en tales redes! Y, ora los conduzcan á una taberna, ora los atraigan á su guarida, el resultado siempre es el mismo, la «sirena» conviértese en hábil ladrona.

La prostitucion en Edimburgo favorece tambien al robo; pero de una manera del todo diferente. Las jóvenes sirvientas que provocan á los transeuntes y les admiten en las casas donde están de servicio, se dirijen preferentemente á hombres á los que no conocen ni de vista, á fin de evitar con mas seguridad el ser descubiertas. A menudo, en tales casos, dan acceso en casa de sus amos á ladrones de oficio, que no desperdician la buena ocasion.

Esta especie de prostitucion dá, á veces, lugar á robos importantísimos.

Conclusion.

Tal es la prostitucion inglesa, estudiada en la metrópoli, en los puertos de mar, en las ciudades manufactureras y hasta en la capital de Escocia, donde presenta un interés especial y considerable. Si hubiese de caracterizarse con una frase esta prostitucion en cada una de las condiciones particulares en que acabamos de verla, podria decirse que; en Lóndres, es el desencadenamiento de la prostitucion; en Liverpool la prostitucion de la violencia; en Manchester, la prostitucion de la miseria; y en Edimburgo, la prostitucion «comme il faut.»

Esta última, así como la de Lóndres, aunque en sentido inverso, presenta un espectáculo apropósito para llamar la atencion. Como si tuviese la conciencia de su superioridad, afluye de todas partes á los rangos de la sociedad normal, se exalta y hace supremos esfuerzos para adherirse y confundirse con ella; diríase que es un asalto de las clases inferiores contra las clases elevadas, en el que las sitiadoras brillan un momento y sucumben. ¡Pobres desterradas, que vislumbran su sitio en el sol de la civilizacion y no pueden alcanzarlo!

En Lóndres, la masa de la prostitucion está sumida en las densas tinieblas de la ignorancia; en Edimburgo, al contrario, la